

CAPITULO II

TURCOS, ASESINOS Y CRUZADOS

Por el año 425 (1034) trabaron conocimiento tres jóvenes persas que para estudiar teología y jurisprudencia habían ido a Nischapur, la antigua residencia de los tahiritas y capital de la provincia del Corasan, perteneciente a la sazón a los gaznavidas. A pesar de todas las calamidades de los últimos decenios no había perdido esta capital su antiguo brillo y a sus escuelas asistían muchísimos estudiantes a oír las explicaciones de afamados y sapientísimos jeques. Los tres jóvenes eran talentos privilegiados, pero por lo demás de caracteres diferentes, lo cual contribuyó a la mútua atracción que cada uno ejercía sobre los otros dos. Eran Omar, hijo de Jayam, natural de Nischapur, que de índole meditabunda, mística y a la vez escéptica, buscaba entonces la solución del enigma de la vida en la religión en que había sido educado; Hasan Ibn Alí, natural de Tus, joven de inteligencia superior, de ideas prácticas, instruido, de vivo ingenio y que esperaba hacer carrera en la administración, después de haber adquirido por el estudio asiduo los conocimientos necesarios; y, por último, Hasan Ibn Es-Sabaj, natural de Rei (1), carácter ardiente pero observador frío y devorado por la ambición. Este último hizo que sus dos compañeros jurasen con él en un momento de expansión que el que de ellos llegara a alcanzar una posición elevada, elevaría también a los otros dos amigos. La suerte les separó por lo pronto. Omar Ibn Jayam no encontró en la teología lo que buscaba, porque era la época en que la creciente obcecación de los ortodoxos sistemáticos hacia la religión antipática a las personas sentimentales meditabundas, cuyo espíritu busca espacio, las cuales entonces se echaron en brazos del misticismo de los sofíes, a cuya sombra se cobijaron afectando vida ascética los adeptos siitas y motasilitas, proscritos nuevamente por Mahmud el gaznavida después de su victoria. El reinado calamitoso de los buweihtidas y después la plaga de los turcos proclamaban con voz muda pero cada día más elocuente la vanidad de todo lo terrenal y favorecían con rapidez siempre creciente la propagación del sofismo en todas las clases de la población. Omar, a fuerza de estudiar las ciencias principales, y aguzando su inteligencia penetrante con el estudio de la filosofía, de las matemáticas y de las ciencias naturales, fué más allá del sofismo, y se hizo libre-pensador escéptico con tendencia al panteísmo, pero sobre todo enemigo decidido de la hipocresía político-teológica, a la cual pocos decenios antes había desenmascarado en la lejana Siria Abu'l-Allah. Este árabe, impetuoso y animado del sentimiento de su dignidad de hombre libre é indómito, como los árabes de hoy, desahogó la ira que le causaba la corrupción de su tiempo en versos fogosos rebosando de indignación; pero Omar Ibn Jayam como persa derramó en cuartetas sus sarcasmos sangrientos sobre las contradicciones y monstruosidades del dogma mahometano. Estas cuartetas, forma que desde poco tiempo antes se había

(1) Ibn Sabaj se jactó más adelante de descender de padres árabes, pero había nacido según parece en Persia, pues su padre vivía en Rei. Debo añadir que las noticias que los autores dan sobre los orígenes y comienzos de los tres personajes ofrecen dificultades cronológicas que hacen dudar de su exactitud. A pesar de esto he creído conveniente atenerme a estos datos (*).

(*) Dados por Mirhond, ó mejor dicho, Hamam-eddin Mirhond Mohammed, historiador persa que nació en el año 1433 y murió en 1498. Escribió la historia de los buweihtidas y de los sultanes seldyucidas en su gran obra: *Rauzet-es-safa* (Jardín de la Pureza), impresa en Teheran de 1852 á 1854 y traducida al alemán en parte por Wilken, 1835, y en parte por Vullers, 1838, Berlin. (N. del T.)

hecho de moda para poesías filosóficas de carácter sofista, no podían recibir gran publicidad entonces, pero como respondían tan bien a la antipatía que causaba al genio persa la forma ortodoxa del Islam, se ha conservado la colección en varios ejemplares hasta nuestro tiempo. Un genio como éste no podía menos de despreciar toda ambición de grandezas terrenales, y en efecto, mientras no faltó a Omar lo necesario para dedicarse a sus estudios y a la poesía, no experimentó deseo alguno de renunciar a su vida retirada en Nischapur y luego en Merw cuando se estableció allí.

Enteramente opuestos eran los impulsos que movían el alma inquieta y ambiciosa de Hasan Ibn Sabaj. Quería dominar, quería que los hombres se inclinaban ante él, ya venerándole, ya temiéndole, bien que por lo pronto no vio la menor probabilidad de elevarse ni entonces ni nunca a tan grande altura. Era, fiel a las tradiciones de su familia, partidario de la doctrina siita, lo cual era, bajo el cetro de los gaznavidas, un gran obstáculo, y ninguna recomendación bajo el de los seldyucidas para entrar en la administración y en el servicio del Estado, y en cuanto al ejército, los altos puestos estaban reservados para los turcos. Quedaba al ambicioso solo el camino tortuoso de la conspiración oculta.

Los ismaelitas, desde que esta secta había adquirido un carácter peligroso por el año 250 (864), no habían cesado de extender y alargar sus hilos por todo el mundo mahometano, y cuando bajo el gobierno de los fatimitas desde 358 (969) el mahometismo tenía su centro de gravedad en Egipto, los propagandistas de la secta recorrían como antes los países del Este hasta más allá del Indo y del Yaxartes (2); no había población algo regular donde no existiesen miembros ocultos de esta asociación, porque en todas partes el estado aflitivo de los pueblos, víctimas de la política, producía miseria y descontento y disponía los ánimos para dar oídos a las insinuaciones de los que señalaban al infortunado pueblo el imán legítimo, que debía ser su salvador futuro. ¡Cuán ávido no debía escuchar el pueblo a estos apóstoles cuando un hombre tan inteligente y sincero como Nassiri Khosran quedó tan sorprendido del estado floreciente del Egipto en tiempo de los fatimitas que se hizo ismaelita y desde 444 (1052) hasta apóstol de esta secta en el lejano Oriente! Y ¡qué no podía hacer en tales circunstancias un hombre de voluntad enérgica y tan conocedor de los hombres como Hasan Ibn Sabaj! Después de haber salido de Nischapur y haber vivido largos años en su país en posición muy modesta, se relacionó con los ismaelitas que allí vivían y logró que el gran dai del Irak, cuando visitó a Rei, le nombrara representante suyo en la ciudad y la comarca inmediata. Pero en el momento crítico, cuando iba a entrar en tan peligrosa senda, le abrió la suerte otro camino más fácil y menos peligroso para alcanzar la posición importante que ambicionaba. Alp Arslan, el temido sultán turco, acababa de sucumbir asesinado por Yusuf de Khwarism, y el joven Melik, después de asegurar su reinado con la derrota y muerte de su tío Kawurd, acababa de dar facultades ilimitadas al visir de su padre Nisam El Mulk, que era precisamente Hasan Ibn Alí de Tus, el amigo y compañero de estudios de Ibn Sabaj. Este, probablemente, no se había atrevido antes a acudir a su amigo, sabiendo que Alp Arslan, por tolerante que fuese, difícilmente habría confiado un empleo algo importante a un hombre conocido como partidario decidido del siismo; pero a la sazón le pareció haber llegado el momento de ir a la corte a reclamar el cumplimiento de

(2) En 436 (1044-1045) Bogra, el khan del Turquestan, se vió precisado a decretar la persecución rigurosa de los ismaelitas que habían penetrado en la Transoxania (Ibn El-Athir, IX, 358).

la promesa que los tres amigos se hicieron mutuamente cuando jóvenes estudiantes. Omar, el hijo de Jayam, se había presentado ya antes al Nisam El-Mulk cuando por sus conocimientos, su utilidad y la suerte hubo llegado a la vertiginosa altura de consejero del sultán; pero aquel hombre de ciencia, escéptico y amigo de la vida retirada, no había querido aceptar ninguna de las posiciones deslumbradoras que el visir, acordándose de su antigua amistad, le ofreció, y se había contentado con una pensión modesta que le permitía dedicarse «en un rincón, libre de cuidados materiales, y a la sombra del visir,» a sus estudios, que le hicieron el matemático más grande del Oriente mahometano.

Más dispuesto que Omar a figurar en la corte se mostró Ibn Sabaj cuando se presentó en el año 466 (1074) al gran ministro. Este le recomendó al sultán Melik, el cual le admitió entre sus consejeros de preferencia. Pero el ingrato apresuró desde entonces a intrigar continuamente contra su bienhechor y a excitar contra él las sospechas del joven sultán. El hábil visir sabía moverse con más destreza que el ambicioso y novel consejero en el terreno resbaladizo de la corte, y un día, cuando Ibn Sabaj menos lo pensaba, supo volver contra él la intriga que éste había tramado para hacerle perder el puesto de visir. Enterado el sultán de lo que pasaba, fué tan grande su indignación que despidió a Hasan Ibn Sabaj ignominiosamente de la corte. Fácil es imaginar el efecto que produciría en un hombre como Hasan Ibn Sabaj el súbito aniquilamiento de sus esperanzas más atrevidas en el momento en que había creído verlas realizadas; solo respiraba venganza; el deseo de destruir el poder, en apariencia sólidamente cimentado, del «hijo del labrador» y del «turco» coincidía con la meta de su ambición, y para realizar ambos objetos encontró en el ismaelismo el instrumento más adecuado. Poco trabajo le costó reanudar sus relaciones anteriores, y el ministro, que conocía muy bien a su amigo de su juventud, no se dió punto de reposo para descubrir su paradero; pero Hasan supo burlar la persecución y llegó en 471 (1078-1079) a Egipto, donde fué recibido con los brazos abiertos por los ismaelitas y los fatimitas. También allí duró poco su buena inteligencia con las personas que rodeaban al califa Mustansir.

El mirgusch Bedr trabajaba ya a la sazón para asegurar la sucesión al trono a Ahmed, hijo menor de Mustansir y yerno suyo, llamado después Musta'ali, a quien se lisonjeaba de poder gobernar, poniéndole en lugar del hijo mayor, llamado Nisar, al cual correspondía la sucesión según el dogma ismaelita siita. Esta confabulación dió lugar a una división entre los ismaelitas, y Hasan tomó el partido de los nisaritas, que así se llamaban los partidarios del heredero legítimo. Volvió, pues, según su costumbre, a tramar intrigas, esta vez contra el mirgusch, todopoderoso en la corte, pero éste hizo prender al intruso persa y embarcarlo en un buque que se estaba haciendo a la mar con destino a la costa occidental de África. La fortuna protegió esta vez al aventurero ismaelita; una tempestad arrojó el buque a la costa de Siria, y Hasan, libre ya, pasó por Alepo y Bagdad y llegó en 473 (1081) otra vez a Ispahan.

El partido de Nisar, cuando ocurrió la división entre los ismaelitas del Egipto, conservó, según parece, en sus manos los hilos de la propaganda en el Este, porque Hasan recorrió durante seis años las provincias meridionales y una parte de las orientales de Persia, extendiendo las doctrinas de su secta y captándose el apoyo y el auxilio de sus adeptos, hasta que al fin fijó su residencia, por el año 480 (1087), en la ciudad de Damagan, capital del país de Kumis, que confina con el Tabaristan. Allí, además de convertir al ismaelismo al gobernador, lugarteniente de Melik, tenía cerca las pro-

vincias limítrofes del Tabaristan, el Gorgan y el Deilem, los antiguos focos del siismo extremo, y cuya población estaba tan descontenta del dominio seldyucida como antes lo había estado del árabe y del gaznavida. Por tanto, las insinuaciones de Hasan y las de sus agentes hallaron allí oídos tan dispuestos como habían hallado antes las de los partidarios de Alí y de sus descendientes, algunos de los cuales poseían todavía pequeños territorios en el país montuoso é inaccesible de las orillas del mar Caspio, donde los seldyucidas no les molestaban, porque desde la invasión turca no habían dado motivo de queja. Uno de estos alidas, con el título de Mahdi, reinaba en las altas montañas, al Norte de Kaswin, bien que mostrándose vasallo leal del sultán. Su castillo se llamaba Alamut (es decir, Aguilar, de *aluh*, águila, y *amut*, nido), y este castillo eligió Hasan Ibn Sabaj para centro de su imperio, cuyo advenimiento había ido preparando sin descanso por espacio de nueve años. En el castillo y en los alrededores contaba con muchos adeptos de su liga secreta, y en la noche de un miércoles, 6 de Redscheb 483 (4 setiembre 1090), penetró Hasan con el auxilio de sus partidarios en el castillo, donde continuó su vida ascética. No tardó el amo de la plaza y comarca en advertir que sus súbditos desconocían completamente su autoridad y solo obedecían al siniestro anciano. En esta situación decidió retirarse, y Hasan, a fuer de varón santo, no quiso que abandonara su propiedad sin indemnización y le dió a la despedida un mandato de 3,000 monedas de oro sobre la caja del sultán, en Damagan, mandato que fué hecho efectivo puntualmente por el gobernador de la provincia nombrado por Melik.

Hasan estaba seguro de la ciega é incondicional obediencia de cuantos se habían comprometido a responder al llamamiento del ismaelismo en cualquiera parte donde se hallasen. No se sabe si conservaba entonces todavía relaciones con los jefes de la secta en Egipto, pero consta que los adeptos en todo el ámbito de la Persia entre el Tigris y las montañas que separan a Nischapur de Herat y Merw, le obedecían a la menor señal suya. Para tener a la pobre gente tan sumisa se sirvió aquel hombre desalmado de un medio diabólico, que al mismo tiempo le proporcionó instrumentos ciegos para sus planes siniestros, medio de que solo nuestro siglo XIX, tan ensalzado, ofrece un ejemplo igualmente horrible. No en vano había adquirido Hasan todos los conocimientos de su tiempo. Los efectos narcóticos del opio y del hachich preparado del cáñamo índico no eran conocidos casi de nadie fuera de los médicos y naturalistas, clase muy poco numerosa y que además rodeaba sus conocimientos de gran misterio. Pues bien, para ejecutar sus siniestros proyectos eligió Hasan entre sus adeptos jóvenes robustos y de temperamento enérgico, atrayéndoles cerca de su persona. De repente, hallándose en sitio solitario, acometían vahidos a uno ó a otro y luego perdía el paciente el conocimiento. Al volver en sí encontrábase en un aposento riquísimo, respirando perfumes deliciosos y desconocidos, rodeado de bellísimas jóvenes y a la mano bebidas y manjares deliciosos; todos los goces que podían halagar los sentidos embriagaban a la víctima, que se creía en el paraíso prometido por el Corán a los fieles después de la muerte. En esta embriaguez volvía a perder el conocimiento y al despertar se hallaba otra vez en el mismo sitio donde antes le había vencido el sueño. Allí oía que la merced divina le había hecho gustar realmente los placeres del paraíso, placeres que todo hombre podía obtener si quería, porque la doctrina que todos habían aprendido decía que el que perdía la vida en el servicio del Altísimo entraba directamente en la gloria. A los que habían probado los placeres de este paraíso en la forma a la cual el hombre sensual no sabe

resistir, les daba Hasan un puñal, señalándoles algún enemigo de la causa de Dios (1), y no necesitaba más el infeliz embaucado para trasladarse a la primera insinuación, disfrazado de mendigo, de comerciante ó de otra manera, a un punto distante centenares de leguas para asesinar ya a un general victorioso en medio de sus soldados, ya al sultán mas poderoso en su palacio, muy bien custodiado, ya al funcionario influyente rodeado de sus subalternos. El asesino moría casi siempre en el acto á manos de los soldados ó de los acompañantes de la víctima; pero esto ya lo sabían y lo deseaban los desgraciados y alucinados mensajeros de la muerte, que se llamaban fidawis (2), los cuales se disputaban el honor de ejecutar las empresas al parecer mas locas á fin de ganar con el sacrificio de su vida las delicias del paraíso.

Fué una potencia de primer orden la que se presentó en la escena del mundo bajo esta nueva y terrible forma del ismaelismo. Se suele llamar asesinos á los individuos de esta secta, y es sabido que de esta palabra se ha derivado la voz asesino desde las cruzadas. Un *hachachi* (plural *hachachiyin*) es un individuo que suele preparar ó gastar hachich ó que trata con tales personas, y la causa de haber adquirido esta palabra la forma y sentido de asesino fueron Hasan y sus siete sucesores en Alamut, miembros todos de su familia. Durante dos siglos tembló aterrorizada toda el Asia Occidental ante el poder siniestro que desde su centro oculto despedía sus rayos mortíferos, contra los cuales no había donde guarecerse. A ellos estaban naturalmente mas expuestos los que ocupaban posiciones mas elevadas, pero no por eso aquel poder misterioso dejaba de tener tambien aterrorizadas constantemente á las clases inferiores. En el reinado del sultán Mohammed, que duró desde 498 hasta 511 (1105-1118), se situaba durante algún tiempo cada tarde en una esquina de Ispahan un ismaelita, fingiéndose mendigo y ciego, y al cerrar la noche preguntaba con voz lastimosa á los que pasaban si entre ellos había algún musulmán caritativo que quisiese acompañar á un pobre anciano ciego á su casa, situada en tal ó cual barrio. Cuantas personas se dejaban engañar por las súplicas del mendigo fingido y le acompañaban, eran sorprendidas en el fondo de un pasillo oscuro, donde pretendía vivir el anciano, por otros ismaelitas apostados, que llevaban á la víctima á un sótano donde la degollaban. La desaparición misteriosa de un gran número de habitantes sembró en la ciudad el terror y la desconfianza, hasta que por una casualidad se descubrió el delito y se limpió la guarida de los facinerosos. La política principal de los sectarios asesinos consistía en hacerse en diferentes provincias con castillos ó guaridas en puntos inaccesibles de las regiones montuosas, desde donde podían ejercer su influencia sobre las comarcas vecinas y enviar sus fidawis sin temor de ser molestados. Existe una lista de nueve de estos castillos, diseminados por el Corasan, la Media, el Farsistan y el Chusistan, pero á veces pasaban con mucho de este número. El centro de la secta estaba en Alamut, donde residía su gran maestro, y en los fuertes que coronaban las cumbres de las sierras que rodean aquel punto inexpugnable, centro que

(1) Recientemente han expresado algunos la opinión de que los placeres del paraíso que trasformaron á los adeptos del jefe ismaelita en asesinos, fueron simplemente ensueños producidos por el opio ó hachich, que producen por sí solos este efecto. Todo puede ser, pero lo que acabamos de narrar es lo que dicen los autores antiguos. Es cosa que difícilmente podrá jamás ser puesta en claro.

(2) Fidá significa en árabe el rescate pagado por un prisionero, y por extensión todo sacrificio grande, en especial el de la vida propia, para salvar á otro ó para otro fin grande. Fidawis se llama al que sacrifica así su vida.

nunca lograron tomar los sultanes seldyucidas por mas que hicieron para apoderarse de él. No resistió esta guarida siniestra á la oleada mogola, que todo lo arrasó y que llegó hasta aquellos elevados picos sin que valiesen á sus defensores astucias ni otros medios; pero aun cuando en el año 654 (1256) las tropas de Hulagu habían arrasado el castillo maldito y degollado en las provincias á los adeptos de la secta, sin respetar «ni á los niños en la cuna,» no quedaron por esto exterminados la secta ni su poder aterrador.

El soberano de Alepo, Ridwan, hijo de Tutusch y sobrino de Melik, príncipe tan solapado como irreflexivo, tuvo en el año 495 (1102), en vida de Hasan Ibn Sabaj, la idea funesta de llamar á los sectarios asesinos á Siria y de permitirles la construcción de una casa de misión en la misma ciudad de Alepo, con el objeto de asegurar su territorio contra las asechanzas de los emires mahometanos y los ataques y depredaciones de los cruzados. Desde su centro de Alepo aquellos sectarios se apoderaron en el año 520 (1126) de la ciudad de Paneas (en árabe Baniyás), al pié meridional del monte Hermon (3), y aunque hubieron de evacuarla otra vez en 523 (1129), se les ofreció en 527 (1133) una coyuntura favorable para comprar el castillo de Kadmús, situado en la comarca montuosa al Oeste de Hamat, y desde allí se apoderaron por sorpresa en 535 (1141) del fuerte de Masyaf ó Masyaf, situado en una peña poco menos que inaccesible y que hasta entonces había formado parte del pequeño principado de Scheisar. De este castillo hicieron aquellos ismaelitas otro centro de castillos fuertes al estilo del sistema de Alamut. Aquella comarca estaba habitada entonces y lo está todavía hoy por los nosairios, otra secta tambien de origen siita que ha dado el nombre á la comarca llamada Dyebel-en-Nosairiye (sierra de los nosairios). Estos odiaban á los drusos y á los ismaelitas, á pesar de ser todas tres sectas afines, pero los últimos siendo dueños de los castillos lo eran tambien del país, y sabido es que llegaron á adquirir allí tanta importancia é influencia en la inextricable confusión creada por las cruzadas como en Persia, y cuando los mogoles llegaron á Siria se mantuvieron libres de estos terribles invasores algunas de las fortalezas ismaelitas. Solo en 671 (1273) se sometieron á Beibar, el esforzado sultán mameluco de Egipto, despues de haber quedado muy debilitados por el mismo sultán, el cual como sus sucesores se sirvió mas de una vez del puñal de un fidawí. Mas adelante acabaron por trasformarse en Siria como en el Este, en la India, en secta inofensiva, cuyos restos existen todavía hoy en el país de Hims.

Se comprende sin dificultad por qué la secta de los asesinos no llegó jamás, á pesar de su larga existencia y tenacidad, á ser potencia política organizada y de vida independiente,

(3) Segun Guyard (*Journal asiatique*, VII serie, t. 9, pág. 351), estaba situada Paneas en la costa de Siria, en la parte del Líbano que ha recibido el nombre de *montaña de los Ansarios*. De consiguiente, hallábanse tambien allí los castillos de *Qadamous* y *Kahf*, que estaban cerca de Paneas. Sería, pues, esta ciudad la *Balanea* de los antiguos, situada entre Laodicea (hoy Ladakiye) y Aradus (hoy Ruad) y la actual Buluñás de los árabes, que lo pronuncian tambien Baniyás. Guyard indica tambien la descripción de Burckhardt, citada ya por Defrémery (*Journ. as.*, V ser., t. 3, pág. 407), que se refiere á la población mas conocida de Baniyás (*Cesarea Paneas*), cerca del lago Merom (Hule) al sudoeste de Damasco. Solo á esta última población puede referirse el autor antiguo, segun resulta del contexto de toda la relación de Ibn El-Athir (X, pág. 461). En este punto, como en algunos otros del mismo artículo, no se ha mantenido al parecer á su altura la nimiedad habitual de Guyard, que probablemente se ha dejado extraviar por el texto de Ibn El-Athir, X, pág. 461, renglón penúltimo, donde aparecen poblaciones vecinas Kadmús y Baniyás, á pesar del juicio siempre sagaz de Defrémery (pág. 411, nota 2), que dice: «Este historiador anticipa aquí, al parecer, un hecho posterior.»

como lo lograron los karmatas de Bahrein y los fatimitas, que supieron en el momento mas propicio apoyarse en un elemento nacional, ya el árabe, ya el berberisco, y su arma fué la espada y no el puñal del asesino. Los asesinos carecieron de todos estos medios para encontrar apoyo en la masa de la población, que se deja arrastrar con harta frecuencia por actos de fuerza brutal pero nunca por asesinatos alevosos; ni tampoco creo yo que Hasan Ibn Sabaj tuviese jamás propósito análogo al que realizaron aquellas dos otras sectas ismaelitas. Las sublevaciones provocadas por los batinitas (1), así suelen llamar los historiadores á los ismaelitas asesinos, no solían tener por lo comun mas objeto que la conquista de un castillo fuerte ó simplemente una ocasión para cometer alguna maldad á favor de la confusión. Esta secta carecía de fondo nacional por muchos que fuesen los partidarios que llevaba á sus filas el descontento que había engendrado el dominio turco en los persas inclinados al siismo. Por tanto, jamás trató de sublevar contra el gobierno comarcas enteras, como podría haberlo hecho en el Tabaristan y en el Gorgan, focos antiguos de resistencia á todo gobierno. Sin embargo, esta organización y el terrible poder de la dinastía siniestra de Hasan Ibn Sabaj, cuyos actos ejecutaron siempre individuos sueltos ó un contadísimos número de ellos, y cuyas vicisitudes no nos interesan aquí, ejercieron una influencia inmensa en la vida de la sociedad mahometana y en su desenvolvimiento. Si un personaje sobresaliente, en las luchas que no tardaron en estallar entre los sultanes y sus emires desde el Corasan hasta la Siria, no procedía á gusto del gran maestro de la secta, que desde su nido de águila observaba atento todos los sucesos, salía de la montaña un fidawí provisto de afilado puñal, y la súbita muerte de la víctima cambiaba la situación. Así, sucedió mas de una vez que cuando empezaba á mejorar el estado político de aquellas regiones, volvía de repente á hundirse en la confusión y el desorden. No fué esto, sin embargo, lo peor: el jefe de la siniestra secta mantenía relaciones en todas partes con personas que podían suministrarle noticias de interés, que podían influir en los príncipes y cortesanos en el sentido que convenía á los batinitas, y urdir intrigas y hacer cuanto podía cooperar á la ejecución de los designios del director de la secta. Existen pruebas de que altos funcionarios y generales seldyucidas mantuvieron relaciones secretas con los señores de Alamut y que muchos de ellos facilitaron la ocasión para despachar al otro mundo á alguna persona cuando por desgracia era rival ó enemiga personal de otra que estaba relacionada con el jefe de Alamut. De esta manera el elemento turco no pudo dar nueva y sana savia al caduco Islam árabe-persa, porque la honradez y lealtad, innata en la raza turca, desapareció á la tercera generación para dar lugar al engaño, á la falsedad y á la astucia. Hasta el advenimiento del noble Nureddin los príncipes mahometanos rivalizaban en falsedad con los cristianos cruzados, de suerte que no hubo quien quisiera seriamente aniquilar el monstruo batinita, que tan solícito acudía cuando se llamaba para quitar de en medio á algún adversario molesto ó peligroso. Los sultanes enviaron repetidas veces numerosas huestes contra Alamut, y en mas de una ocasión estuvieron sus defensores á punto de rendirse por hambre, pero siempre ocurrió algo á última hora que hizo levantar el sitio, como la muerte súbita del sultán, un descuido de los sitiadores ú otro suceso. Semejante estado de cosas debía ejercer inevitablemente una influencia letal en toda la organización del

(1) De la voz árabe *batin*, que significa lo interior de las cosas en oposición á su exterior, y alude á la explicación alegórica del Corán, con la cual los ismaelitas pretendían descubrir el sentido íntimo, el alma de la palabra divina.

imperio y aumentar la satisfacción burlona del terrible Hasan, «el viejo de la montaña,» *Scheich el dyibal*, como llamaban los árabes al amo de Alamut y á sus sucesores, al pensar que todo aquel mundo miserable estaba gobernado en realidad por el dueño de Alamut, del peñasco cuya forma se parece algo á un león en acecho.

Era natural que Hasan Ibn Sabaj, al saborear el poder satánico y novelesco que se había creado, no olvidara vengarse del hijo del labrador y del turco. Estando probablemente ocupado todavía en instruir á sus fidawis, le llegó la noticia en 485 (1092) de un suceso que en el primer momento debió de causarle despecho, porque quitaba á su proyecto de venganza el verdadero golpe de efecto, bien que al propio tiempo debía contribuir á la conservación y aumento de su poder. Acababa de desembarazarse, despues de muchos esfuerzos, por medio de una sorpresa nocturna, de un ejército que el visir Nisam El-Mulk, su amigo de otro tiempo, había enviado para apoderarse de Alamut, y estaba quizás meditando cómo correspondería á esta muestra de atención cuando supo con sorpresa que el turco y el hijo del labrador habían reñido, despues de trabajar unidos veinte años con resultados brillantísimos. Melik, que entonces contaba 38 años y se encontraba en el colmo de su poderío y en la flor de su edad viril, acaso se sintiera á veces un tanto cohibido por la independencia que su visir había adquirido en los treinta años de su gestión del imperio, y á la cual acaso le costara renunciar en vista de lo mucho que había hecho, de la experiencia que había adquirido y de sus 77 años. Es posible que habrían continuado unidos el sultán y el visir el poco tiempo que á éste quedaba de vida, atendida su edad y teniendo en cuenta su constante y mútua lealtad, á no haber intervenido el elemento mas peligroso que produce la tierra, tan abundante ya en cosas peligrosas, á saber: una mujer ambiciosa, Turkan Jatun, la esposa del sultán, la cual, empeñada en realizar sus planes egoístas, labró su propia ruina y la del imperio de los suyos. Un hijo, llamado Mahmud, que tuvo de Melik, había nacido en el año 480 (1087) y tenía de consiguiente cinco años cumplidos cuando ocurrieron los sucesos que vamos relatando. Además de este hijo tenía Melik otros de otras mujeres, á saber: Barkiyarok, que había nacido en 471 (1078-1079) (2), Mohammed, nacido en 474 (1082), y Sindyar, nacido en 479 (1086). La sucesión al trono correspondía en buena ley á Barkiyarok, no solamente porque era el hijo mayor sino tambien porque su madre era seldyucida, lo cual no era cosa indiferente para muchos grandes del imperio. Por lo mismo habíale recomendado el ministro á su padre, cuando éste como hombre prudente quiso arreglar este asunto importante hallándose todavía en la edad mas robusta. El sultán se mostró dispuesto á seguir tambien en este punto el consejo de su visir, pero esto no convenia á Turkan Jatun, mujer tan astuta como decidida y deseosa de gobernar en caso de que Melik muriese antes del tiempo natural. Movida por esta ambición, empeñóse en que su hijo fuese nombrado sucesor, y encontrándose con la oposición del visir, trabajó para derribarle. Hizo entender á su esposo que el ministro no hacia caso de la autoridad del soberano, y que sus hijos y parientes, colocados por él en los puestos mas pingües de la administración, se extralimitaban de sus atribuciones en perjuicio tanto de

(2) Esta fecha no es segura, porque el que la da, Ibn El-Athir (véase *Journ. as.*, V ser., I, pág. 430), dice en otra parte (véase el mismo *Journ.*, 2, pág. 321) que este príncipe tenía cuando murió, en 498 (1104), 25 años. Era Barkiyarok el mayor de los hijos de Melik, conforme el mismo autor dice expresamente. Tambien hay discrepancia respecto del año en que nació Sindyar, citándose los años 476 (1083) y 479.